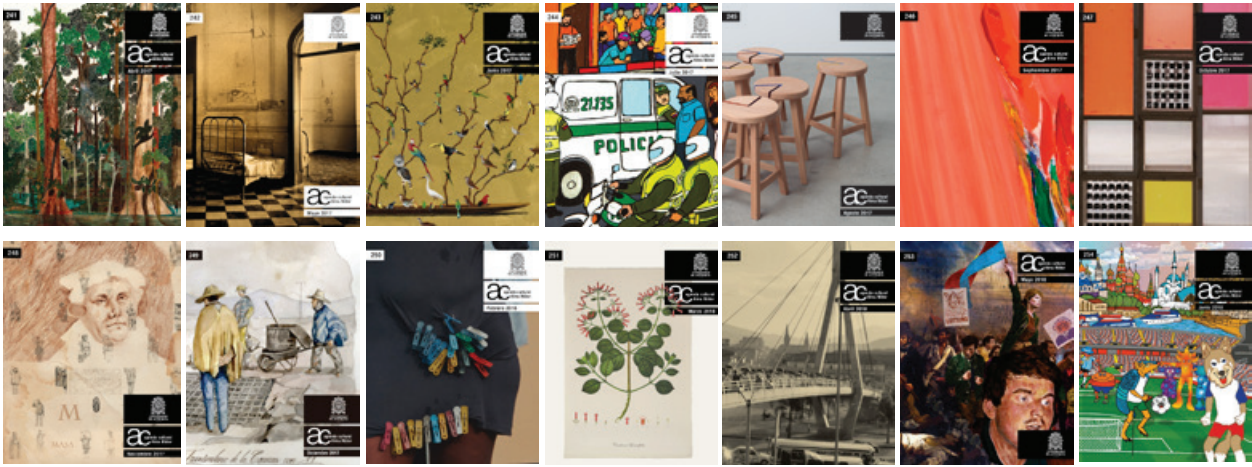


# Inédita

Selnich Vivas Hurtado

“El hombre estaba allí. Tal cual nosotras lo habíamos imaginado”, le conté a Pilar, cuyas fuerzas apenas alcanzaban para escuchar y balbucir. “El tapabocas y el gorro. Atendía, como de costumbre a su clientela. Yo, sin cita, me había hecho anunciar. Una urgencia odontológica”, le dijo la asistente, le dije. Debía esperar, un poco. No manifesté nada en contra, le dije mientras le limpiaba la sangre de los labios resecos. “Me senté”, seguí, “y me dediqué a mirarlo por un vidrio en relieve que inventaba fragmentos de sombras en movimiento. Se escuchaba una voz amable, algo ingeniosa y un gruñir desgañitado y bastante ahogado, seguro del paciente. No sentí el paso de las horas. Me dediqué a planear lo que iba a decir, a modelar mi manera de actuar frente a un desconocido al cual debía sacarle en una sola sentada la información requerida”, hice una pausa y le acaricié las manos, bastante frías. Pensé: El conjunto era blanco y verde manzana, atestado de aromas desinfectantes que me provocaron un estornudo constante. Me pareció que ese síntoma inesperado ayudó; me tuvieron presente y mi aparición llamó la atención del hombre, ya avejentado. “Se acercaba el mediodía cuando escuché algo parecido a mi nombre. La asistente me tomó del brazo y me llevó hasta el consultorio. El hombre se desinfectaba las manos. Me senté en el diván, debajo de las luces y las máquinas. Lo primero que vi fue una nariz larga y peluda, como me habías advertido”, le miré la frente pálida, llena de arrugas furiosas. Un impulso inmediato que aceleró mis náuseas, imaginé otra vez el ambiente del consultorio. “Usted no es de aquí”, afirmó, recuerdo que me dijo la nariz peluda, le conté a Pilar. Le resumí mi historia: padre húngaro, madre búlgara, yo nací y vivo en Innsbruck, Austria. La palabra Inns-

bruck, que repitió sin dar la pronunciación correcta, le pareció familiar. “En qué le puedo servir”, recuerdo que preguntó dentro de una rutina distante, le dije. Acomodó la luz sobre mis labios y metió sus ojos dentro de mi boca. La abrió con brusquedad y sin prestar oído a mi respuesta. Algo le supe decir de una hermana. “No hay ninguna urgencia odontológica”, me pareció que dijo, le dije. Se levantó y me dio un enjuague bucal. “Enjuague y escupa bien”, llamó a la asistente: “Devuélvanle el dinero de la consulta”, dijo, le dije. Se quitó el tapabocas y me pidió que me retirara. No le hice caso. “Estoy aquí por su hermana”, empecé, le dije. “Agoniza en un hospital de Innsbruck. Necesito pedirle dos favores. Uno que me escuche y dos que me regale algunos objetos personales de Pilar”, se lo dije, recordando las palabras en mis oídos. “Favores no concedidos”, el tono de voz se tornó agresivo, le dije. “Que yo sepa no tuve una hermana sino una hermanastra, una enemiga”, dijo, no le repetí enemiga, más bien le dije con dulzura dos veces la palabra hermanastra y le sequé las lágrimas de los ojos. “Un día desapareció dando portazos y odiando a la familia, la ciudad y al país. Que no se haya muerto después de tantos años me sorprende, con tanto veneno que destilaba”, dijo, no fui capaz de decirle. “He venido por sus poemas inéditos. Los voy a publicar como un homenaje, un acto de gratitud con un ser maravilloso que supo cuidarme y devolverme la vida”, le dije al hombre, no le dije a Pilar. Recordé que afuera del consultorio el malestar colectivo hacía silencio. Se podría decir que la historia de la reaparición de Pilar había sido aguardada por la clientela, lectora asidua de un magazín de segunda generación. El sabor agridulce del enjuague me provocó un vómito de saliva y ácidos gástricos verdosos.



El hombre me ofreció una servilleta, con el gesto evidente de que empezaba a ceder. “Está bien”, dijo, le dije. Pilar había aguantado demasiado. Ocho días de agonía la tenían exhausta, en las últimas. Iba a morir en cualquier instante. Saqué el *Magazín Dominical* de mi maleta y se lo puse sobre el pecho. Abrió el ojo derecho, el que todavía le funcionaba, y deslizó la mano izquierda por la carátula. Le ayudé a maniobrar la revista. Era una edición de diciembre de 1986, pero se veía recién impresa, olía a tinta fresca. En la última página aparecía efectivamente el poema de Pilar, algo que nunca supo. Se lo acerqué para que pudiera leer su nombre. Lo leyó y se alegró, al mover su ojo hacia mí, me pedía que siguiera la historia, todavía no lo podía creer. “Tu hermano conservaba este ejemplar como una joya”, le dije. Entonces me dijo: “Está bien”, le repetí. Luego me pidió que me sentara en una silla normal y empezó, de manera decidida, a contarme la historia. Pilar agonizaba, me vi obligada a cambiar las palabras: “Pilar —en realidad dijo, esa puta— se fue del país porque nadie valoraba lo que escribía”, dijo, le repetí. “Ese fue el problema. Ella se aburría de las letras y se desencantó de la vida. Salió corriendo porque no aguantaba la vida provinciana y criminal en que vivíamos. Abandonó el país, no sé para dónde. Ahora usted me dice que se radicó en Austria”, dijo, le dije. “Lo cierto es que fue una salida muy apresurada. Ella quería que le publicaran sus poemas en una revis-

ta muy famosa en esa época. Ya había enviado varios poemas a esa revista. Cada domingo salía a las calles a buscar la revista, con la ilusión de ver impreso un poema suyo, al lado de los poemas de poetas reconocidos. El editor, me contó Pilar, le había dicho que lo publicaría, que sus poemas eran buenos, pero semana a semana se fueron acabando las ilusiones. Salían poemas de otras escritoras, más amigas del editor, tal vez. Pero nunca el poema de Pilar. Ella se desesperó y escribió cartas al editor reclamando una explicación, por lo menos que le dijeran por qué no lo publicaban. Nunca recibió una respuesta. La situación se agravó mucho más cuando el editor empezó a recibir amenazas de muerte de parte del narcotráfico. Eso lo supimos semanas después en la televisión, pero ya Pilar se había ido. No pudo aguantar esa agonía. Verse impresa era lo único que le hubiera cambiado la vida en este país. Ella se fue sin saber que a los pocos días asesinarían al editor. Sin saber que el editor preparaba con antelación cuatro números del *Magazín Dominical*”, dijo, así le expliqué a Pilar que por momentos volvía a la vida y deslizaba los dedos por la letra impresa de su poema. “El narcotráfico no solo mató al editor. Además obligó a los vendedores de la revista a quemarla para que nadie la volviera a leer. Yo busqué la revista en los kioscos, en las farmacias, en los supermercados, en los lugares en donde Pilar habitualmente la compraba, pero nunca tuve suerte. Estaba seguro de que un

muerto no le mentiría a nadie y mucho menos a una jovencita. Amigos de otras ciudades me llamaron, años después, para contarme que había coleccionistas que podrían conseguir esos últimos cuatro números. Pagué para que me buscaran algunos ejemplares. En el primer número de los cuatro, no apareció el poema. Entonces les rogué que me buscaran el segundo. A la semana me confirmaron la misma mala noticia que se repitió en el tercer número. Yo me había llenado de admiración por el editor y por mi hermana, pero la huida había destrozado a mi madre. No le perdonaría nunca que la hubiera dejado, siendo ella la mayor de las hijas. Tal vez el cuarto y último número cumpliera la promesa del editor y de paso le diera a mi madre una pequeña alegría”, contó mientras movía de un lado para otro las manos y se frotaba la frente y los ojos, le dije, le seguía mintiendo a Pilar. Tomé aire y recordé lo que el hombre se temía: “El cuarto y último número también nos defraudó. En vez de un poema de Pilar apareció el poema de una escritora muy famosa en Europa, justo en la última página del *Magazín Dominical*, la última de esa larga historia de una empresa cultural fundamental para el país, la única que supo hacerle frente a la cultura del narcotráfico nos defraudó a todos y ante todo a mi hermana [esa perra] aunque su poema era una crítica a la silicona que se había apoderado de las mujeres de nuestra ciudad”, el hombre dijo, ya sin odio. Lo que me decía retumbada en mi cabeza mientras no se lo dijera a Pilar, mientras le confirmara lo contrario. “Y en la última página del último número del *Magazín Dominical* apareció tu poema”, le dije. “Tu poema, tu poema”, le dije. “Eres una escritora reconocida”, le dije. Pilar hizo un esfuerzo y resolló: “Siento mucho lo del editor”, tosió un coágulo de sangre; “el poema es una porquería, una trivialidad que me desacredita más allá de la muerte”, volvió a toser y rechazó el *Magazín Dominical*. Cuando la enfermera confirmó su muerte, decidí contarle el resto de la historia. “En parte”, confesó el hombre, “me hubiera ale-

grado que le publicaran el poema, de esa forma mamá le hubiera perdonado un poco su vida disoluta. Pero yo quería que no se lo publicaran para que mamá no le perdonara nunca sus descuidos. Por sentirse poeta nos había abandonado a los menores a la suerte, no nos daba de comer ni nos acompañaba en los juegos por estar leyendo y haciendo borrones y diciendo tonterías elaboradas. Era la preferida de mamá y la no publicación del poema sirvió para que nosotros la condenáramos por enferma. La enterramos en vida y para siempre. Su nombre no se volvió a mencionar en nuestras casas, hasta hoy”. Se paseó por el consultorio y recuperó la sangre odiosa en los ojos: “Me imagino que usted es otra loca como ella, hasta serán íntimas —las palabras disparaban un catolicismo tóxico—. Le ruego el favor de que se retire y de que se lleve todas estas cosas de mi difunta enemiga”. Abrió uno de los cajones más bajos de un estante y sacó una cajita con una colección del *Magazín Dominical* y dentro de ellos, en el último número había una hojita escrita a mano, con el poema no publicado de Pilar. “Dígale la verdad”, me entregó la caja, le dije al cadáver. “Dígale que la vida no le alcanzó para escribir ni un poema salvable”, gritó, le dije. Llamó a la asistente y le solicitó que hiciera pasar al siguiente, le dije, llorando. Pero no comparto esa opinión, Pilar. No estoy de acuerdo ni con él, ni con el editor, ni contigo. El poema es divino. Lo leí mil veces durante el vuelo de regreso y no me costó mucho mandar a imprimir el verdadero último número del *Magazín Dominical*, primera época, con un gran poema en su última página y una ilustración de mi autoría, le dije cuando ya se llevaban el cadáver para la autopsia.

**Selnich Vivas Hurtado** es profesor en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia, es ensayista, narrador y poeta. Dirige la Revista Universidad de Antioquia. “Inédita” es tomado de su libro (2019). *Motivos de huida / Contra editores*. El Astillero.